

Recibido, 21/8/2013. Aceptado, 4/3/2014.

¡Dos “Santos Reyes” viajan desde el Oriente a Borikén!: crónicas de dos varones libaneses en el barrio de San Mateo de Cangrejos (Santurce-Puerto Rico)

Edison Viera-Calderón
Universidad del Sagrado Corazón
nicarahuac@yahoo.com

Resumen

Este artículo es un pequeño extracto de una historia abarcadora que el autor de este ensayo desarrolló acerca de la Plaza del Mercado de Santurce-Puerto Rico. La investigación académica se realizó entre el 1990 y 1996 para obtener el grado doctoral en Psicología Social en la Universidad Autónoma en Barcelona-España. Se utilizaron testimonios de treinta y ocho protagonistas, conjuntamente con otras fuentes oficiales –tales como los registros de propiedad, mapas, fotografías, periódicos, libros de novedades y querellas de la policía. Todas estas fuentes se entretajan como una telaraña para dar vida a una investigación histórica y psico-sociológica alternativa. Placeres y clientes del barrio de San Mateo de Cangrejos –como anteriormente se le conocía a la comunidad de Santurce-, narran en un lenguaje coloquial sus penurias y alegrías, dando pie a un interminable recorrido de aventuras. Los libaneses, aquellos llamados a vox-populi como “árabes”, no podían quedarse fuera de este libretto. Estos fueron forjadores de esperanza para muchos de nuestros campesinos –los denominados jíbaros-, y para los pobladores de la llamada “loza” (zona urbana de San Juan y sus infinidad de barrios). Palabras claves: migración, libaneses, Santurce, historia oral.

Abstract

This brief article is a summary of a comprehensive historiographical essay about the Market Place in Santurce, Puerto Rico. The academic research was performed, beginning in 1990 through a period of time of six years, ending year 1996; as a requirement to meet the curriculum to obtain a Ph.D in Social Psychology in the Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), Spain. As a part of this research, thirty eight testimonies were used along with other official sources like; real estate registries, maps, photos, journals, police complaints report and recent events reports on file. All these aforementioned sources mix themselves like a spider's web to give birth to a historic investigation and psico-sociological alternative. Market-men and clients as well that coexist in the San Mateo de Cangrejos suburb (as they were known before, in the Santurce community) tell their needs, penuries and happiness in a simple and subtle way leading to an endless journey of adventures. The lebaneses, those called vox-populi as “Arabians” can't stay out of this libretto. They showed tenaciousness, thus transmitting hope to our island farmers so called “jíbaros” and for the inhabitants of the so called “loza” (i.e., the urban zone of the city of San Juan and all its suburbs) as well.

Keywords: migration, lebanese, Santurce, oral history.

Los libaneses que emigraron hacia América, según afirma Inoa (1991; 1999), salieron de su territorio de la misma manera que lo hicieron la mayoría de los ciudadanos nacidos en ese país: por mar. Inicialmente, los migrantes viajaban como pasajeros en un barco hasta “Ellis Island”, en los Estados Unidos, y luego de realizar una parada obligatoria en esa pequeña isla, reanudaban su largo peregrinar hacia otras ciudades de la metrópolis estadounidense o viajaban a otros países.

En 1890, el gobierno estadounidense asumió completa responsabilidad por la entrada de inmigrantes que arribaban por los puertos de la ciudad de Nueva York. Estos inmigrantes, para acceder a tierra estadounidense, primero tenían que someterse a unos exámenes físicos rigurosos que determinaban su entrada a la ciudad de Nueva York o la vuelta a su país de origen (Hogland, 1976). No todos los recién llegados fueron tratados de la misma manera. Los pasajeros de primera y segunda clase, según cuenta Barajikian (2001), fueron procesados:

a bordo de sus barcos, los que viajaban en tercera clase y en la bodega fueron transportados a Ellis Island, donde fueron objeto de una minuciosa inspección en el Great Hall. El procedimiento podía durar de cinco a ocho horas e incluía evaluaciones físicas, mentales, económicas y criminales. Durante la temporada alta de inmigrantes, hasta 5,000 extranjeros confundidos, cansados y asustados llegaban a diario para entrevistarse con los agotados inspectores de inmigración y los médicos. (...). Por desgracia, alrededor del 2 por ciento de los inmigrantes que huyeron de la adversidad en sus países de origen se enfrentaron a otra adversidad: les negaron la entrada y les enviaron de regreso a sus respectivos países (p. 8).

Los favorecidos por las autoridades estadounidenses, partían en varios autobuses desde “Ellis Island”, hacia diferentes puntos en ese territorio. Muchos de ellos, señala Tricolli (1990), se dedicaron a trabajar en la manufactura de ropa de vestir, la construcción de trenes subterráneos y de nuevos rascacielos en la ciudad de Manhattan, otros en cambio, trabajaron en las minas de carbón en Pensilvania o se pusieron a sembrar frutas y vegetales en diversas plantaciones estadounidenses. Los migrantes que no se quedaron a vivir o a trabajar en los Estados Unidos, zarpaban de nuevo en barcos hacia diferentes países de América donde regularmente eran bien acogidos.

Entre los años 1892 y 1954, entraron por “Ellis Island”, más de 16 millones de inmigrantes. Estos provenían de todas partes del globo terráqueo, pero principalmente los migrantes que entraban a los Estados Unidos, venían del sur y este de Europa (Tricoli, 1990; Hogland, 1976).

Entre los años 1880 y 1960, alrededor de 435,000 libaneses emigraron a distintas naciones en América. Un gran número de ellos, se establecieron en los Estados Unidos¹², Brasil, Argentina, Venezuela, México, Cuba, República Dominicana (Sued Badillo, 2013; Yapur, 2011; de Aragón, 2009; Espinal Hernández, 2009; Martínez Estrada, 2008; Martínez Assad, 2004; Ortiz, 2003; Jiménez-García, 1997; Martínez-Montiel y Reynoso, 1993; Inoa, 1991; Serryn y Blaselle, 1981), y en menor escala se trasladaron a vivir a Puerto Rico.

Una rápida mirada a la trayectoria de los libaneses en los países de Cuba, México y República Dominicana

Hace dos siglos atrás, en la década de los ochenta y noventa, a Cuba, la mayor de las Islas del Caribe, emigraron un sinnúmero de libaneses. Debido a que ese país era muy conocido en Europa, ya que era una posesión ultra marina española. Los libaneses al llegar a la isla de Cuba, generalmente se integraban a la venta del comercio al detal. Estos especialmente se dedicaban a vender una retahíla de productos misceláneos a los trabajadores que se encontraban esparcidos por toda la Isla en los llamados cañaverales o zonas azucareras (Inoa, 1991). No obstante, cabe señalar que, aunque los libaneses o los “árabes”¹³ en general eran muy diestros en la venta ambulante o el comercio, en Cuba no obtuvieron tanto éxito en este tipo de empresa como el que consiguieron en otras zonas del Caribe. Según asegura Inoa (1991), el poco respaldo

12 Para la década del 80, vivían fuera de El Líbano alrededor de 1, 250,000 personas de origen libanés, de ellos aproximadamente unos 400,000 habitaban para ese entonces en los Estados Unidos y 350,000 en Brasil (Enciclopedia Nuevo Larousse, 1980). Los libaneses también son numerosos en varios países de Latinoamérica, sobre todo en Venezuela y Argentina (Ortiz, 2003).

13 La profesora de literatura y teatro, Carmen Alicia Morales, en el cuento “*Ocean Park*”, deja claramente establecido que los libaneses no se consideran árabes, aunque todo el mundo los denomina de este modo. Al respecto, veamos un fragmento de sus certeros comentarios acerca de este epíteto:

...en el mundo de limitaciones geográficas a todos los que venían del medio o lejano oriente se les bautizaba árabes. Por más que ellos se dedicaran a dar explicaciones de su procedencia, a nadie le importaba y no se les prestaba atención. Tan pronto terminaban de exponer demarcaciones geográficas del lugar donde nacieron se borraba el conocimiento adquirido. Y se volvían a bautizar árabes” (Morales, 2010: 25).

que recibieron los libaneses por parte de la población cubana, en cuanto a la venta de “chucherías” o misceláneas, se debió a que:

La sociedad cubana, había experimentado importantes olas migratorias –como la de la ‘élite’ haitiana a raíz de la independencia de Haití, trabajadores yucatecos y coolies para la industria azucarera, italianos y una fuerte e importante migración española- [lo que] permitió poco espacio para el ascenso social del árabe a través del comercio. Las actividades comerciales que fueron exitosas para los inmigrantes árabes en otros lugares de América Latina (incluyendo las ventas al pregón), ya estaban ocupadas por comerciantes españoles o criollos, por lo que los migrantes árabes en Cuba apenas se destacaron por el desempeño de profesiones liberales de algunos de sus miembros. El hecho de que en Cuba había poco espacio para el progreso económico de estos recién llegados dio como resultado que muchos árabes decidieron salir... hacia otros lugares. Esta actitud fue reforzada por el hecho de que en Cuba se estaba dando la guerra de independencia y los inmigrantes árabes eran mal vistos, e incluso se les confundía con españoles. Los revolucionarios cubanos saqueaban los negocios árabes y también los buhoneros eran blancos de pillaje (p.37).

Es de suponer que los libaneses que no se quedaron a vivir en Cuba, emigraron hacia otras naciones cercanas, debido a que sufrían penurias o rechazo por parte de algunos pobladores de esa Isla. Muchos se trasladaron a México (Martínez-Montiel y Reynoso, 1993) o hacia la República Dominicana (Inoa, 1991; 1999), porque continuamente zarpaban barcos hacia estas dos naciones.

En el primer país antes mencionado –México-, la mayoría de los libaneses de la primera generación que emigraron a esa nación lo hicieron desde 1890 hasta 1930 aproximadamente. Entraron, según Martínez-Montiel y Reynoso (1993: 301), “por el puerto de Veracruz, otros excepcionalmente por Tampico... (...). El itinerario más común fue embarcarse en el Líbano en el puerto de Beyrouth, y tocar durante el recorrido, a Francia, Estados Unidos, Cuba y por fin México”. A los libaneses se les hacía muy fácil viajar desde Cuba a México, debido a que el puerto de la Habana era una de las paradas obligadas de los barcos que provenían de Europa, y que iban hacia México. Al establecerse los libaneses en México, aseguran Martínez-Montiel y Reynoso (1993: 302), que “estos magníficos viajeros vendieron mediante el sistema de abonos toda clase de vestidos, zapatos y otros artículos que hasta entonces no podían comprar las capas más modestas o intermedias de la sociedad mayoritaria mexicana. Para

1905, había establecidas en México cerca de 5,000 familias dedicadas al comercio ambulante, que recorrían el país llevando sus mercancías a los hogares más apartados”.

En cambio, los libaneses que se trasladaron en barcos a finales del siglo XIX hacia la República Dominicana, después que estuvieron viviendo un tiempo en Cuba y les fue mal, llegaron a la llamada Española en un momento crucial: la sociedad dominicana iniciaba un acelerado proceso de modernización y desarrollo, y estaban a su vez conociendo nuevos métodos de producción. En la década que se inició en el año 1871, según asegura Inoa (1991; 1999), la República Dominicana transformó su base económica, incorporándose al mercado mundial mediante la instalación de modernas centrales azucareras. Estos ingenios azucareros dinamizaron la empobrecida economía de la zona este de la República Dominicana, hasta convertir la ciudad de San Pedro de Macorís en el centro urbano más importante de todo el país (Inoa, 1991; 1999). También esa nación fomentó a su vez, la siembra del cacao en diferentes partes del país, debido a la demanda mundial que se produjo por el codiciado fruto de este árbol. La producción del cacao creció ampliamente en ese país, a partir de que se construyeron una serie de vías férreas para transportar el producto al puerto de embarque. Este dinamismo económico, fue muy bien aprovechado por los inmigrantes libaneses. Estos cuando arribaron a la República Dominicana se radicaron en las ciudades de mayor desarrollo comercial y agrícola, dedicándose a innovar algunas de las actividades económicas que se llevaban a cabo en esa nación. Las ventas a crédito, las pequeñas tiendas tipo bazar y la quincalla, entre otras actividades económicas, les permitieron a los libaneses acumular el dinero necesario para realizar un poco más tarde otras prácticas mercantiles de mayor importancia.

En resumen, al establecerse en la República Dominicana en plena modernización agrícola, lo que ayudó a los libaneses a hacerse de dinero, sostiene Inoa (1991: 36), fue que los “árabes se sometieron a una vida austera y sin ostentaciones, dedicá[ndose] a trabaj[ar] sin horario fijo y sin descanso. Esta fue la clave de su éxito que tanto sorprendió a la sociedad dominicana”. Estos además se ingeniaron, novedosas actividades económicas, que le ayudaron a generar suficientes ingresos monetarios

para acumular poco a poco capital financiero.

En “yola” hacia la Perla del Caribe, Boriquén

En lo que respecta a Puerto Rico, los libaneses que emigraron hacia nuestro archipiélago, la mayoría de ellos llegaron de los Estados Unidos. Principalmente, la emigración de los libaneses se acrecentó en nuestro suelo a partir de la ocupación que se llevó a cabo por parte de la Marina de Guerra de los Estados Unidos en 1898, tras la Guerra Hispanoamericana, debido a que la comunicación por barcos entre ambos países aumentó como consecuencia de la relación colonial.

Dos varones libaneses que emigraron hacia nuestro archipiélago situado en el mar Caribe, fueron por ejemplo, Mafuz y Hawayek. Sobre el primer protagonista, Don Juan Mafuz, uno de sus hijos nos relata la siguiente anécdota:

[Mi papá] ... vino aquí mucho antes del 10. Para aquel tiempo, según él explicaba, toda la gente que venía hacia Estados Unidos tenía que ir primero a Ellis Island, que era una isla allá en Nueva York. Entonces ahí por cuota, asignaban [a] los que querían quedarse en Nueva York, o [a] los que querían irse a Cuba, Santo Domingo o a Puerto Rico (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 353).

El testimonio de este protagonista descendiente libanés, “comprueba que todos los originarios de esa nación” que se establecieron en nuestro terruño isleño, pasaron antes por el control de aduanas en “Ellis Island”. Sin embargo, debemos aclarar que aunque en su breve relato narrativo, el hijo de don Juan Mafuz es muy enfático, al momento de expresar las palabras siguientes: “... toda la gente que venía hacia Estados Unidos tenía que ir primero a Ellis Island...”, éste se cuida de no sonar muy categórico. Esto posiblemente se deba a que como se puede observar en su testimonio, estas palabras están precedidas por otras que le anteceden, y cito: “... según él explicaba...”. De este modo el hijo de don Juan Mafuz, deja entrever en su breve comentario, que él no fue testigo de tal evento sino su padre. Por tal motivo, quizás pueda equivocarse¹⁴.

14 También la frase mencionada en el testimonio de uno de los vástagos de Mafuz –nos referimos por supuesto a las palabras: “... según él explicaba...”, podrían entenderse de la manera siguiente: “si su padre se lo dijo, entonces es verdad. El tiene que creerle”. Nosotros a su vez, también debíamos de creerle, ya que como aseguran Martínez-Montiel y Reynoso (1993: 309), “los hijos de libaneses heredaron en la tradición oral la versión del país de sus padres y abuelos. El relato de la emigración

Por tanto, existe la posibilidad que no todos los libaneses que llegaron a Puerto Rico pudiesen haber venido a nuestro suelo inmediatamente después que abandonaron su país de origen, y se trasladaron en barco hacia el puerto de “Ellis Island”, en Estados Unidos. Algunos libaneses pudieron haber viajado a nuestro terruño, provenientes de algunas de las dos mayores islas caribeñas, Cuba y República Dominicana. Por ejemplo, uno de los libaneses que probablemente llegó a Puerto Rico por una vía distinta a la tradicional –“Ellis Island”-, pudo haber sido el papá de otro de nuestros protagonistas de ascendencia libanesa: Don Elías Hawayek. Esta sospecha surge a partir de la contestación que nos ofrece el hijo de Hawayek, cuando le preguntamos: ¿Si su papá había arribado a Puerto Rico desde Ellis Island? Este sólo narró que su papá: “Vino en el 1902. Se casó con mi madre, que era puertorriqueña, del pueblo de Naguabo” (Hawayek, en Viera Calderón, 1996: 327). A nuestro entender, su respuesta fue muy concisa, breve; por no decir, que no contestó la pregunta. El hijo de Don Elías Hawayek, obvió el lugar desde dónde llegó su progenitor, después que partió de El Líbano. No obstante, estamos conscientes que con la poca información provista por este protagonista, tampoco podemos concluir con certeza que su padre arribó al puerto de “Ellis Island” desde su país de origen, y de ahí viajó en barco a Puerto Rico. Lo que sí es evidente, es que “Ellis Island”, no está presente en el imaginario del hijo de don Elías Hawayek. Pero, ¿qué fue lo que llevó a los libaneses a viajar a América?

En búsqueda de horizontes más amplios

Martínez-Montiel y Reynoso (1993), al igual que Yapur (2011), señalan que la emigración de los libaneses, en general puede atribuirse a diversos factores tales como: religiosos, demográficos y económicos. En cuanto al primer factor mencionado, el religioso –que es el que nos interesa discutir más a fondo-, las autoras antes señaladas sostienen en sus ensayos académicos, que las presiones ejercidas por el imperio otomano fueron determinantes para mantener un control férreo sobre el pueblo libanés. Estos supieron utilizar el fanatismo religioso para someter de manera extrema a la mayoría de los ciudadanos que vivían en esa nación. Aunque la funesta opresión otomana alcanzó de igual manera, tanto a musulmanes como a cristianos, cabe señalar

transmitida por los pioneros permitió a sus descendientes reconstruir ya como leyendas o mitos, ya como crónica, las categorías mentales y las representaciones colectivas unidas a imágenes y al reconocimiento de su manera de pensar y de ser en el Líbano”.

que la mayoría de los emigrantes libaneses que salieron de su país fueron aquellos que creían firmemente en las palabras del Jesús que fue crucificado en el madero miles de años atrás¹⁵. Estos anhelaban encontrar horizontes más amplios, donde pudiesen practicar libremente sus ideales religiosos y mejorar sus condiciones de vida.

Por ejemplo, a México –el país que ocupa el cuarto lugar en Latinoamérica entre las naciones que recibieron un nutrido grupo de ciudadanos libaneses-, emigraron un 44% de católicos maronitas, 22% de la iglesia griega ortodoxa, 11% de la iglesia católica griega y 14% de musulmanes o de otras religiones (Martínez-Montiel y Reynoso, 1993). Esta información nos confirma aun más –si tomamos como verdaderos los datos numéricos ofrecidos por México en cuanto a la religión que profesaban los emigrantes libaneses y lo generalizamos a otros países-, que la emigración más nutrida en su mayor parte fue la cristiana, seguramente porque fueron los más perseguidos. Como si fuera poco, la crisis económica en su país de origen, a raíz de las múltiples guerras a las que se enfrentaron en su territorio y el aumento de población de creyentes musulmanes, obligó a los libaneses cristianos a buscar fuentes de trabajo en el exterior (Martínez-Montiel y Reynoso, 1993; Martínez Assad, 2004; Martínez Estrada, 2008).

Me contaron que...

En lo que se refiere a Puerto Rico, una de las razones que ofreció en su testimonio el hijo de Don Juan Mafuz, para que su padre emigrara desde El Líbano, fue el aspecto económico. Este factor no solamente lo aplica en el caso particular de su papá, sino que lo extiende a todos los libaneses que vinieron a vivir a nuestro archipiélago, cuando asegura en su testimonio que:

La situación económica los obligaba a emigrar a las Antillas (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 353).

Aparte de esta razón, ninguno de los dos protagonistas de esta historia ofrece otro motivo para que sus padres se hubiesen trasladado a América. Sin embargo, entendemos que es necesario añadir la información siguiente, para tener un cuadro

¹⁵ El largo peregrinar de los libaneses cristianos comenzó aproximadamente en el 1860, año en que los drusos llevaron a cabo una terrible matanza, donde sucumbieron casi 30,000 cristianos (Serryn y Blaselle, 1981; Rosa de Madaringa, 1997; Sued Badillo, 2013).

más completo sobre las razones que llevaron a emigrar a varios libaneses a Puerto Rico. El hijo de Don Elías Hawayek, nos confesó, antes de llevar a cabo la entrevista “formal” o el intercambio verbal entre ambos, que él era cristiano. Dando a entender que su padre también lo era, y que este fue uno de los motivos para que saliera de su país –lo que confirma los planteamientos realizados por los autores anteriormente mencionados. Además, en esta conversación informal, mencionó que los libaneses provienen de los fenicios¹⁶. Este dato es importante subrayarlo, porque precisamente “... quienes declaran descender de los fenicios son los cristianos, la ascendencia árabe es más aceptada entre los drusos o musulmanes” -aseguran Martínez-Montiel y Reynoso (1993: 311).

Unos años después que Mafuz (hijo) testificara acerca de los conflictos religiosos que llevaron a que algunos antepasados libaneses dejaran atrás a su amada patria, apareció publicado en la prensa escrita de Puerto Rico, dos reportajes sobre descendientes libaneses que señalaban que sus familiares se establecieron en nuestro país como resultado de las pugnas religiosas. Lo que corrobora sin lugar a dudas, las razones ofrecidas por los libaneses en México –y tal parece que en Puerto Rico también-, en cuanto los motivos que les llevaron abandonar a su nación y asentarse en América: las confrontaciones religiosas. Pero dejemos que sean los dos descendientes

16 Ahora bien, para que el lector tenga una idea más clara de cómo se llevó a cabo este intercambio verbal, habría que mencionar que la información anteriormente provista por nuestro protagonista, se suscita a partir de una conversación que sostenemos con un joven –también de ascendencia libanesa, posiblemente de la cuarta generación-, que le visita en su joyería en la Parada 18 en Santurce, y que le pregunta, entre otras cosas, con cara de preocupación: ¿qué piensa sobre el Conflicto del Golfo Pérsico? –dado que para el momento en que se realizó esta entrevista, este conflicto bélico estaba en todo su apogeo. Hawayek (hijo) le contesta: “que eso es un asunto de los musulmanes y de los libaneses musulmanes”. La respuesta que nuestro protagonista brinda al joven, resulta interesante, porque mediante la información que ofrece vemos que él se considera diferente a los otros libaneses. A la vez su contestación destapa agrídicamente las discrepancias religiosas que durante años han existido entre libaneses en el país de origen de su padre. También habría que señalar que, la respuesta que ofrece, es una de las maneras que tiene de resguardarse ante el prejuicio y el discrimen que podría suscitarse en Puerto Rico como consecuencia directa del conflicto bélico.

Cabe recordar que durante la conflagración bélica, en un momento determinado, en varias emisoras de radio en nuestro país, se difundió la noticia de que la familia Tartak –de ascendencia libanesa-, en una de sus mueblerías encontraron colocado dentro de una gaveta de un escritorio un artefacto explosivo. Seguramente esta situación, puso a la defensiva a varios descendientes libaneses, que se establecieron desde tiempos remotos en nuestro archipiélago, debido a que podían ser atacados por algún fanático inmisericorde en el momento más inesperado. Quizás esta trifulca bélica fue lo que puso también a la defensiva al hijo de Don Elías Hawayek, ya que fue el único protagonista que exigió que su entrevista no fuese grabada en cinta magnetofónica.

libaneses que relaten brevemente las razones de por qué emigraron sus antepasados desde El Líbano:

Los Galib por su lado también tienen su historia. Cristianos del Líbano desde la época de las Cruzadas, la familia Frangie, pues Galib no es apellido sino nombre que aquí ascienden, perteneció a la clase dominante de su país –el último presidente del Líbano fue Frangie. Los abuelos de Hamid salen de su país huyendo de los turcos durante la Primera Guerra Mundial... (Entrevista a Hamid Galib, en Cidoncha, 1991: 74)

[Lamia Azize Mawad] es la mayor de los nueve habidos en el matrimonio de Jorge Azize¹⁷ y Mercedes Hawad, maronitas católicos que abandonaron el Líbano Por no quererse ‘musulmanizar’. Aquí arribaron en 1910..., donde nació toda su prole (Entrevista a Lamia Azize Mawad, en Fernández-Miralles, 1994: 35).

Solidaridad, negocios y aventuras

Otro dato interesante que nos llamó la atención en cuanto a este grupo étnico, es que varios de los libaneses que se aventuraron a viajar a Puerto Rico, ya de antemano habían obtenido información sobre nuestro país a través de las cartas que les enviaban sus familiares y paisanos mediante el servicio del correo postal. Sobre este aspecto en particular, el hijo de Don Juan Mafuz nos dice que:

... Don Julián Yamin, le había escrito a mi papá, recomendándole que se viniera a vivir a este sitio [Santurce]. El y don Miguel Mudafort acordaron que vendrían a vivir a Puerto Rico, al darle allá la alternativa para irse a algún lugar. (...). San Juan era el punto más fácil de llegar, [porque] como el barco anclaba allí, se facilitaba la cosa. Ahí creo que estaban esperándole Don Julián [y] Don Miguel Francisco, que fue el dueño de una joyería ahí en Santurce (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 353-354).

Enseguida que algunos libaneses bajaban las escalerillas del barco, en el área del puerto de San Juan, y colocaban sus dos pies en tierra firme, les esperaban con gran entusiasmo y alegría varios de sus familiares o amistades más cercanas. Este encuentro solidario e identitario, seguramente evitaba que como extranjeros que eran, tuviesen que enfrentarse solos a un mundo desconocido, con tradiciones, ritos y costumbres un poco distintas a las suyas. También acrecentaba los lazos de unión y de

17 Esta familia aunque se radicó en Caguas, también vivieron en Santurce. Farrait, uno de los protagonistas de la historia de San Mateo de Cangrejos (Santurce), conoció a estos libaneses. Al respecto, éste recuerda el dato siguiente: “Llegando al puente, ahí abajo en la Canals, había mucho más árabes. Eran de apellido Azize” (en Viera-Calderón, 1996: 356).

co-dependencia entre ellos. Al respecto, uno de nuestros protagonistas nos confirma lo antes señalado:

Como todos esos libaneses que se establecieron aquí, estaba solteros, empezaron a buscar donde establecerse en el Viejo San Juan. Todos ellos se unieron para ayudarse. Formaron una colonia (Mafuz, en Viera Calderón, 1996: 354).

En la década de 1920, algunos libaneses que tenían viviendas en el Viejo San Juan, se trasladaron a vivir a Santurce, formando una pequeña colonia. Esto de ningún modo significó que todos ellos cohabitasen en una misma calle, aunque sí en un mismo espacio geográfico. Algunos vivían uno más distante que el otro. Don Elías Hawayek, es un ejemplo vivo de lo antes señalado. Este fue uno de los libaneses que residió un poco más retirado de los demás paisanos. Veamos que nos tiene que decir al respecto su hijo sobre lo antes mencionado:

... con el tiempo... [t]oda esa área de la [Parada] 20, comenzó a poblarse de libaneses. Todos los extranjeros se aglomeraron en un mismo sitio. Mi papá, en cambio, se quedó por acá, por la [Parada] 18. (...). Mi papá, Don Elías Hawayek, tenía caballos de carreras y ganado en toda esa zona de El Condado. (...). [También] se dedicó, a la venta de muebles, joyería y ropa. No le gustaba ser empleado de nadie. El trabajaba por su cuenta (Hawayek, en Viera Calderón, 1996: 327).

Es curioso que el libanés que “se aísla” del resto de sus paisanos, sea el que se dedica no solo a vender muebles, joyería y ropa al detal, sino que también cría caballos de carreras y ganado en la zona de El Condado. ¿Dónde fue que Don Elías Hawayek aprendió estas destrezas equinas y ganaderas? No sabemos, pero es muy posible que este conocimiento lo haya adquirido en su patria, debido a que muchos de los libaneses que salieron de su país de origen trabajaban en labores agrícolas y crianza de animales (Martínez-Montiel y Reynoso, 1993; Akmir, 1997). Por tanto, suponemos que Don Elías Hawayek, al trabajar por cuenta propia para no depender de ninguno de sus compatriotas, muy astutamente sacó provecho de sus conocimientos y destrezas adquiridas en su patria para diversificarse y acumular un pequeño capital financiero. De este modo adquirió un pedazo de terreno en el área de El Condado, donde se dedicó entre otras cosas, a la crianza de animales.

Otros libaneses, al parecer, por buen tiempo se dedicaron solamente a vender

mercancías al detal y al comercio en general. Estos mercadeaban entre los boricuas un sin número de productos y artículos de primera necesidad que le eran facilitados por otros compatriotas que tenían tiendas y almacenes mayormente ubicados en la capital de San Juan. Precisamente, el papá de uno de nuestros protagonistas –Don Juan Mafuz-, fue uno de los libaneses que durante un tiempo prolongado se dedicó a revender ropa entre el campesinado que habitaba en las costas de Puerto Rico. Veamos que nos tiene que decir su hijo (Mafuz) acerca de esta experiencia:

Mi papá empezó a vender pantalones de hombres, cosas así. Toda esa ropa [él] se la vendía a los trabajadores de la caña. Don Felipe ‘El koury’, que sabía de eso, era el que le decía en San Juan: ‘Mire Don Juan, llévase esta clase de pantalones, que es lo que se vende por allá’. [Entonces] eso era lo que se llevaba... (Mafuz, en Viera Calderón, 1996: 354).

En otras palabras, si Don Juan Mafuz deseaba “graduarse” como revendedor de mercancías, tenía que prestarle oído a los consejos que ofrecía uno de los comerciantes más próspero de la ciudad capital –don Felipe ‘El Koury’. Este conocía en detalles los gustos, preferencias y necesidades de la mayoría del campesinado puertorriqueño, especialmente del obrero de la caña. Además, si Don Juan Mafuz lograba revender entre los trabajadores de los ingenios azucareros, exitosamente, la ropa provista por Don Felipe ‘El Koury’, mucho más rápido ambos recuperarían el dinero de la mercancía fiada al peón de la caña. Por lo tanto, si se ayudaban mutuamente en sus asuntos financieros y económicos podían prosperar aún más; es decir, echar pa’lante. En fin, la solidaridad constante que existía entre los libaneses, les llevaba a nuestro entender, a tener siempre presente en su memoria el siguiente estribillo: “... el individuo se realiza a través de su grupo, que le garantiza, en la unidad, la supervivencia” (Martínez-Montiel y Reynoso, 1993:310).

Jalda Arriba va el libanés

Los libaneses recorrían a pie o a caballo grandes distancias de terrenos para vender de manera ambulante una serie de productos o mercancías a un sinfín de hombres, mujeres, trabajadores y campesinos. Era frecuente verlos caminando de arriba abajo metidos entre las estructuras de los ingenios azucareros, en los sembradíos de la caña

o con sus maltrechos zapatos enfangados recorriendo los estrechos caminos de tierra que surcaban la mayoría de los campos y algunos pueblos del interior de nuestro terruño borincano. Al respecto, veamos que nos tiene que decir el hijo de Don Juan Mafuz en cuanto lo antes mencionado:

Así [fue que mi] papá empezó a hacer negocios en las Centrales¹⁸ que estaban de moda para aquel tiempo: la de Carolina y la de Río Piedras. De ahí siguió extendiendo el negocio. El me comentaba que se iba en calesa desde San Juan hasta Río Piedras, [y] desde ahí se iba a recorrer todos esos campos. Llegaba hasta Cayey (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 354).

En otras palabras, para lograr captar la atención de su clientela, los libaneses se idearon un novedoso sistema de venta casa por casa (Inoa, 1991). El pago en abonos fue también otro de los recursos que utilizaron astutamente los libaneses para agenciarse el cobro del dinero adeudado por parte de los campesinos y trabajadores¹⁹. Sobre lo antes señalado, el hijo de Don Juan Mafuz relata la anécdota siguiente:

Como [mi papá] no sabía leer ni escribir español, él le daba la libreta al jíbaro, y ellos mismos escribían su nombre. Aquellos que sabían escribir. Esa gente de antaño eran honrados. Ellos mismos apuntaban, digamos, un pantalón de \$5.00

18 Sobre la venta de mercancías a trabajadores de las Centrales, por parte de los libaneses, cabe señalar que esto no fue solamente distintivo de Puerto Rico, sino que en la República Dominicana éstos constantemente llevaban a pie o a caballo un sinfín de productos y artículos no perecederos a los obreros que laboraban en los ingenios azucareros. El sistema de venta que establecieron los libaneses en el "Ingenio Puerto Rico" en la República Dominicana, es un ejemplo vivo de lo antes mencionado. Veamos lo que nos tiene que decir al respecto Inoa (1991):

Otro importante sistema de venta del buhonero árabe fue el que se estableció en las plazas de los ingenios. Al oeste del río Iguamo, cerca de San Pedro de Macorís, estaba localizado el 'Ingenio Puerto Rico'. (...). Allí se encontraba un pueblecito formado por las instalaciones y por las numerosas casas destinadas a empleados y jornaleros. Trabajaban allí no menos de 600 peones y el domingo, que era el día de pago, se formaba un mercado que es más concurrido y más abastecido que el de la misma ciudad: Como el comercio es libre para todos... acuden allí muchos árabes para hacer sus ventas" (p.44).

Esta cita parece confirmar aún más el intercambio o comunicación que existía entre los libaneses de ambos países, ya que ponían en práctica lo que les resultaba de provecho en la otra nación.

19 Edgar Galíñanes, describe muy bien en el periódico *El Nuevo Día*, la destreza, habilidad, maña, ingenio o 'don de palabras' que tenían 'los árabes' para vender a los obreros de la caña y amas de casa un sinnúmero de productos. Veamos que dice al respecto un fragmento de su reportaje:

Había vendedores a domicilio... los árabes como se les conocía. En realidad eran libaneses que eran muy diestros en el comercio y en convencer a sus clientes. El Líbano era la antigua fenicia y sus mercaderes eran los mejores de su época. Estos llegaban a las casas. Eran muy simpáticos y con su 'castellano enredado' le pedían al peón que les traía un gran baúl de cuero con correas, que lo pusiera en el piso y de allí iban sacando como los 'magos' colchas, sábanas, manteles, etc, y llenaban la sala de mercancía que la señora de la casa quedaba encantada. Si la señora decía que no tenía dinero, no había problema. Ellos eran expertos en el arte de vender fiado, ya fuera semanal o mensual (1996: 83-84).

pesos, abonaron medio peso. Ello lo apuntaban (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 354).

El campesino que sabía leer y escribir no solamente anotaba en la libreta de pagos del libanés la mercancía que le fiaba, sino que en múltiples ocasiones también le convidaba a quedarse a dormir por la noche en su casa. La confianza y el respeto que se generaba entre ambos, era algo extraordinario. Sobre el particular, cuenta nuestro protagonista que su papá le comentó una vez lo siguiente:

... que la mejor gente del mundo eran los campesinos, porque cuando le cogía la noche, lo albergaban. Le decían: 'quédese aquí Don Juan, que usted no sabe español y nosotros lo ayudamos. De noche esto es peligroso'. Entonces, él me decía²⁰, que por la mañana, le daban un poco de cafecito, y después que se aseaba, seguía"(Mafuz, en Viera Calderón, 1996: 354).

Cabe preguntarse, ¿por qué el campesinado recibía en sus hogares de manera tan cálida, afectuosa a los comerciantes libaneses? ¿Por qué se generaba tanta confianza entre ellos? ¿Qué es lo que motivaba a los campesinos a actuar de esta manera, si por lo general los jíbaros de tierra adentro eran personas introvertidas, muy dados a desconfiar del extraño? Posiblemente, lo que instaba al campesino a modificar su carácter, era que éstos estimaban muchísimo que una persona se tomara el trabajo de llevar a los rincones más apartados – a los barrios, campos y guindas-, aquellas mercancías que no podían adquirir de otra manera²¹, a menos que se aventuraran a comprarlos en San Juan o en los pueblos adyacentes donde vivían. Salir de su hábitat, cuando le viniera en gana, no era algo factible para el campesino, ya que no podía desatender su trabajo agrícola para ir a comprar ropa y otros accesorios personales y del hogar. Si se ausentaba de su empleo, lo más seguro es que su patrono lo votase sin mediar palabras y sin ningunas consideraciones. Si esto sucedía, no podía adquirir

20 Vemos aquí cómo nuestro protagonista todavía conserva en su memoria parte de las historias o anécdotas que su padre le transmitió oralmente. Esto, años después, seguramente le permitió a nuestro protagonista reconstruir parte de las vivencias de sus antepasados e identificarse con las mismas.

21 Moscollo-Puello (en Inoa, 1991), comenta que los 'árabes' muchas veces llevaban a los campos e ingenios azucareros una variedad de artículos, tales como "peines, peinetas, espejos guarnecidos de hojalata, botones de hueso y nácar, alfileres, corbatas ordinarias, frisas y cortes de vestidos de colores brillantes, ...zapatos, collares de vidrio, pulseras... también... vende ropa hecha, sobre todo de mujeres" (45). El que los 'árabes' llevaran al ámbito laboral y hogareño de los campesinos estos artículos que hasta entonces algunos no podían comprar, y les permitiese pagar en pequeños abonos, era más que suficiente para que los jíbaros se sintiesen agradecidos.

dinero para llevar a su hogar y menos comprar algunos de los productos que vendían los libaneses a precios muy por debajo del que ofrecía el mercado local (Inoa, 1991). Por tanto, durante mucho tiempo, el campesino estuvo muy conciente de cuánto tenían que agradecerle al libanés, por llevarles un sinnúmero de productos a la zona rural, y que pudiese ahorrar varios dólares, de los pocos que obtenía mediante su duro esfuerzo y trabajo. De este modo, se estableció una relación mutua entre ambos, que rebasó los límites estrictos del comercio.

También algunos de los dueños de las centrales azucareras (hacendados y colonos), agradecían a los libaneses la labor comercial que realizaban con sus trabajadores, ya que éstos "... traían [todo aquello] ... que necesitan ... nuestros peones, ahorrándoles viajes a la población que lo menos que les hace falta es perder el tiempo" (Domínguez, en Inoa, 1991: 44). Por consiguiente, en aquellos tiempos, muchos de los hacendados y colonos no tuvieron ningún reparo en permitirles a sus trabajadores que, dentro de los predios de sus haciendas o en las viviendas que vivían los campesinos como agregados, compraran los productos que vendían mediante abono los libaneses. Todos, tanto el libanés, como el hacendado y los obreros, salían beneficiados con la compra y venta de mercancía en general y accesorios de primera necesidad.

Llegaron de Oriente los "Santos Reyes Magos"

La segunda razón, para que el campesino posiblemente tuviese en alta estima a los "árabes" que arribaron de tierras lejanas, es que algunos de ellos –según atestigua un testificante cuyo nombre es omitido en Martínez-Montiel y Reynoso (1993)-, "llegaron con reliquias (rosarios, clavos y astillas) que traían de Tierra Santa. Llegaban con los atuendos y la indumentaria oriental, por lo cual eran admirados enormemente. Las gentes de aquí les besaban las manos y los vestidos y les preguntaban –al saber que venían de Oriente- por los parientes de Jesucristo, les brindaban hospitalidad, admiración y facilidades para recorrer el país" (304). En aquel entonces, algunos mexicanos pudieron haber considerado la presencia de los libaneses en su patria, como si fuese algo casi mítico. Es posible que algunas personas imaginariamente pensarán que, con la migración de los "árabes", estaba en ese momento llevándose a cabo una "re-visitación de los Santos Reyes Magos al empobrecido pesebre donde nació el Niño

Dios” –lo cual era una bendición de Dios, dada la gran devoción que existe en ese país a estas tres figuras emblemáticas de la Biblia.

En Puerto Rico muy bien pudo haber sucedido lo que atestigua haber vivido en su tierra el testimoniante de México, ya que al igual que en esa nación centroamericana, los campesinos puertorriqueños son muy hospitalarios, admiran la tierra en que nació Jesucristo, a la vez que son muy devotos de los Tres Santos Reyes -los cuales como todos sabemos, provienen del lejano Oriente. La presencia, a pie o a caballo de los libaneses, en el apartado camino que conducía a los modestos bohíos en que vivían la gran mayoría de nuestros pobladores de tierra adentro o de la costa, seguramente también les llevaba a recordar la visita que hicieron los Tres Santos Reyes al humilde pesebre en que nació el niño Dios allá en Belén –tal como aconteció con algunos mexicanos. Incluso, existe la posibilidad que tan pronto uno de los libaneses que viajaban de manera itinerante por nuestros campos o costas, pusiese el primer pie en el piso de madera de una de las viviendas de nuestros campesinos, algunos boricuas rememorarán en su memoria, en un dos por tres, dos versículos –el 9 y 11- del capítulo 2 del Evangelio de San Mateo. ¿Qué es lo dicen estos dos versículos? Lo siguiente: “[Los Tres Santos Reyes] ... después de oír al rey, se pusieron en camino... Entraron en la casa, vieron al niño con María su madre y postrándose, le adoraron; abrieron luego sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra” (Biblia de Jerusalén, 1975: 680). Ahora, acá en América, después de haber acontecido en Tierra Santa, muchísimos años atrás, el trascendental evento del nacimiento del niño Dios en un humilde pesebre y el inesperado agasajo que recibió por parte de los Tres Magos de Oriente, en una pequeña Isla del Caribe, también los “árabes” les traían dones (mercancías a precios bajos) a los más necesitados: los jíbaros. Posiblemente esta sea otra de las razones de porque los campesinos acogieron en sus viviendas con gran beneplácito y una enorme confianza a Mafuz, padre libanés de uno de nuestros protagonistas: le estaban agradecido por ser un antepasado de los Tres Santos Reyes, -magos de Oriente, venerados en nuestra Isla con gran devoción.

En fin, estos pioneros libaneses, se convirtieron en unos grandes viajeros, que para

vender una variedad de productos, circunvalaron a lo largo y ancho nuestra Isla. Estos eran esperados con gran ansiedad por todos los boricuas, principalmente por los pobladores que vivían en las costas, los campos y pueblos. Poco a poco se constituyeron en unos excelentes exploradores de caminos y recovecos en toda nuestra nación. De este modo, establecieron unas estrechas relaciones con la gente. Inicialmente, penetraron los sectores bajos o modestos de nuestra sociedad, y luego contactaron las clases medias y trabajadoras de la zona urbana de San Juan y sus barrios, con el propósito de vender una diversidad de productos y una variedad de accesorios a precios sumamente bajos y mediante abonos.

Un saludo no se le niega a nadie

Aunque los libaneses ascendieron muy rápidamente en la escala socioeconómica de Puerto Rico, muchos de ellos continuaron relacionándose socialmente con los sectores más bajos de nuestro país. Uno de los que nunca se olvidó de las personas menos afortunadas económicamente fue Don Juan Mafuz. Este libanés para el 1917, acumuló bastante capital como vendedor ambulante²², como para comprar una vivienda en la calle Canals en Santurce, un sector que cobró bastante auge e importancia a partir de la apertura de la Plaza del Mercado de Cangrejos en una de las calles colindantes. Para esa época, en la calle Canals también se mudaron otras familias libanesas. Una de ellas fue los Tartak²³.

Todos estos libaneses, al igual que otras familias que vivían en el área, cuando compraban algunos comestibles en los pequeños colmados que se habían construido en algunas calles de la comunidad cangrejera o en los quioscos que se habían

22 Según Inoa (1991), para aquella época, los libaneses solamente se dedicaban a vender por las calles de manera itinerante una serie de productos durante un período corto de tiempo. Nunca los libaneses duraban más de diez años en este tipo de trabajo. Sobre lo antes mencionado, este autor establece lo siguiente: “La ardua labor que desplegaban en esta actividad económica, así como el control estricto en sus gastos, hacía que estos acumularan cierto capital que les permitiera iniciar un negocio más estable al cabo del tiempo” (Inoa, 1991: 46). Sin embargo, tal parece que el papá de nuestro protagonista Mafuz, no cumplió con todo lo planteado anteriormente en la cita de este autor, ya que aunque acumuló bastante dinero en el banco, nunca dejó de trabajar como vendedor ambulante. Al respecto, su hijo nos dice lo siguiente:

Nunca le gustó a papá tener un negocio propio. Es decir, que estuviese ubicado en un lugar. [El le gustaba] que fuera ambulante. El salía, y así siguió (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 355).

23 Para más detalles de ésta y otras familias libanesas que se mudaron a esa calle y las colindantes, sugerimos al lector que revise una sección del excelente libro escrito por: Picó, F. (2014). Los sirios-libaneses. En *Santurce y las voces de su gente*. (40-42). Colombia: Ediciones Huracán.

levantado en el interior de la Plaza del Mercado de Santurce, generalmente para que no tuviesen que pasar trabajo ni mucho esfuerzo en llevar los alimentos a sus hogares, un mensajero montado en bicicletas, que era contratado por los mismos negociantes se encargaba de transportar los paquetes llenos de víveres a las viviendas de los clientes. Uno de nuestros protagonistas, apellidado Farrait, es uno de los jóvenes que constantemente pedaleó en bicicletas por las calles de la vecindad cangrejera. Desde muy temprano en la mañana, llevaba dentro de unas canastas de mimbre, bolsas repletas de compras a los residentes que vivían en la zona. Una de las calles más visitadas por este jovencito era la Canals, ya que muchos de los inquilinos de las viviendas, entre ellos los libaneses, compraban casi todos los días alimentos en los negocios que contaban con el servicio de mensajeros. Por tal motivo, nuestro protagonista Farrait, comenzó a frecuentar la calle donde residían varias familias libanesas. Pero, ¿qué episodio en específico recuerda este cangrejero de cuando llevaba a la calle Canals las bolsas repletas de compras montado en bicicletas? Veamos:

... como en el 23... cuando yo tenía unos 17 ó 18 años..., ...bajando por la [calle] Canals para abajo, estaban los Mafuz. (...). Cuando yo pasaba veía a uno de los Mafuz, un árabe. (...). Yo conocí a uno de los Mafuz, un árabe. (...). El único que siempre me saludaba en la [calle] Canals era un árabe, ... Don Juan Mafuz (Farrait, en Viera-Calderón, 1996: 355).

El saludo que constantemente le brindaba uno de los libaneses que vivía en la calle Canals, a un joven huérfano –como era Farrait-, fue algo tan significativo para él, que se le quedó grabado en su memoria. Hay que recordar que para esos tiempos, ser huérfano, conllevaba que casi siempre se estigmatizara a esa persona como un delincuente o que se le excluyera socialmente de lograr algunas oportunidades en la vida. Tener padre y madre significaba para algunos: contar con buenos valores, ser respetuoso, agenciarse una buena educación académica, entre otras cosas. Por tanto, un saludo para esa época dignificaba ambas personas y significaba un tipo de reconocimiento mutuo y solidario.

En cambio, el saludo que le ofrecía Don Juan Mafuz a Farrait, probablemente se debía

a que este libanés todavía tenía fijado en su memoria que cuando emigró a Puerto Rico, los únicos que le prestaron ayuda –aparte de sus paisanos–, fueron los empobrecidos que compraron en abono los productos que vendía mediante una quincalla. Por esa razón, le estaba eternamente agradecido, por siempre respaldarle comercialmente. Por tanto, a ninguno de los menesterosos les negaba un saludo. Además, no podemos olvidar que cuando Juan Mafuz emigró a nuestras costas boricuas, llegó con uno de sus hermanos, José. Sus padres se quedaron a vivir en El Líbano. Por consiguiente, es posible que en algunos momentos de su vida se considerasen como que no tenían padres, que ambos eran “huérfanos”. ¿Cuántos puertorriqueños no saludaron a Juan Mafuz y a su hermano por el hecho de no tener a sus padres y por ser extranjeros? Eso no lo sabemos. Lo que sí conocemos es que Don Juan Mafuz saludaba a Farrait, y éste rápidamente le reciprocaba el dignificante reconocimiento.

Tilín, tilín... sonaron las campanas del amor y el interés

Tan pronto varios libaneses comenzaron a ser exitosos en los negocios y empezaron a mudarse a varias calles en Santurce donde las viviendas eran consideradas como de un nivel adquisitivo alto –como por ejemplo la Canals–, se estrecharon aun más las relaciones sociales que mantenían con algunas de las familias adineradas del país. Don Elías Hawayek, por ejemplo, fue uno de los primeros libaneses que se mudaron a la calle Canals, un tiempo después que se casó con una joven puertorriqueña acaudalada del pueblo de Naguabo. En el 1919 ó a principios de 1920, este libanés compró unos solares cerca de la zona de El Condado. En estos terrenos pastaban algunos de sus animales y corrían sueltos sus caballos, al igual que lo hacían los animales pertenecientes a otras familias de clase socioeconómica alta. Sobre los terrenos en la zona de El Condado y el uso que algunos muchachos de familias adineradas le daban a los mismos, uno de los hijos de Hawayek –Manolo–, relata lo siguiente:

En lo que hoy se llama el Hotel Condado [Beach], antes Hotel Vanderbilt, más acá, en esa zona yo tenía caballos. También tenían caballos los hijos de la familia Justicia y otros muchachos de apellido [Riefkol]. Todos nosotros echábamos carreras en los cocalos que había por allí, y cerca de la cuadra que tenía mi papá, en donde hoy están las torres de energía eléctrica en El Condado

(Hawayek, en Viera Calderón, 1996: 327).

El hecho de que Don Elías Hawayek tuviese una cuadra de caballos en un solar en El Condado, nos lleva a pensar que probablemente algunos de sus equinos pudiesen correr, como caballos de carreras, en la pista del Hipódromo de la Parada 20²⁴, ya que este espacio de recreación y entretenimiento deportivo quedaba relativamente cerca de las facilidades ecuestres que tenía este libanés. El contacto directo con algunos dueños de cuadras de caballos o con los hípicos enriquecidos que se divertían en el Hipódromo de la Parada 20, apostando grandes sumas de dinero a sus caballos favoritos, seguramente le llevó a interactuar aun más con los sectores adinerados de nuestro país. También la relación de amistad que mantenía uno de sus hijos –Manolo–, con los hijos de otros grandes propietarios de terrenos en El Condado, pudo haber propiciado que se acrecentaran más los vínculos entre las familias pudientes puertorriqueñas y libanesas que vivían en la comunidad cangrejera. Generalmente, los juegos entre chiquillos, ya sea en la calle, espacios baldíos o dentro de los hogares, permiten que diversas familias se conozcan y compenetren aún más. Lo que no dudamos que haya pasado en este caso.

Probablemente, otro factor decisivo para que se comenzaran a vencer las restricciones, exclusiones y rechazos que lamentablemente en algunas ocasiones se llevan a cabo por parte de los nacionales de un país hacia otro ser humano porque es un migrante, en el caso de don Elías Hawayek, tal parece que ese escollo o barrera multiétnica disminuyó o se rompió del todo, al casarse con una joven puertorriqueña de una de las mejores familias de Naguabo. Este enlace matrimonial seguramente le ayudó a ser más aceptado en el pequeño círculo de amigos propietarios de terrenos en El Condado, de los dueños de las cuadras de caballos y por supuesto, de las familias adineradas de Cangrejos. Tampoco se puede obviar el hecho de que, Don Elías Hawayek, se convirtió en todo un exitoso hombre de negocio, por tanto, sus hijos también estaban disponibles para, cuando llegase el momento, unirse en matrimonio con otras familias de la

24 Esta instalación hípica, que pertenecía a la corporación mercantil “San Juan Hippodrome Company”, se construyó en el 1906, en unos terrenos baldíos localizados en la Parada 20, en Santurce.

vecindad cangrejera o de otras partes de Puerto Rico.

Varias familias puertorriqueñas de clase alta no tardaron en casarse con los hijos o descendientes de los primeros libaneses que vinieron a vivir a Puerto Rico. Tal es el caso de la prima de una de nuestras protagonistas, Edna, nieta de Coll y Toste –una de las encumbradas familias de Santurce–, que se casó con uno de los libaneses que arribaron a nuestra Isla. Mediante su testimonio grabado en cinta magnetofónica, Edna, nos confirma lo antes mencionado:

... una prima, Gloria Todd, nieta de Roberto H. Todd, ... está casada con un 'árabe'. Con Yamín. Tiene una familia preciosa. Aquí los 'árabes' eran muy queridos. Nunca hubo nada contra un 'árabe'. Nunca se vio un pleito en la corte. Los 'árabes' eran una gente muy buena, muy buena. ¡Fíjate!, todos esos 'árabes' se puertorriqueñizaron de una manera fantástica. (...). Todos esos 'árabes' hicieron patria, ¡ve! Se convirtieron en familias muy distinguidas.

Otro de los libaneses que se casó con una mujer puertorriqueña fue el hermano de Don Juan Mafuz, José²⁵. Este se unió mediante un enlace nupcial con la hija de un pequeño comerciante que tenía menos poder adquisitivo que la familia de Mafuz. Alega uno de nuestros protagonistas, que el casamiento con esta puertorriqueña se debió a que:

[Don] Rafael Fernández, que tenía un negocio por ahí por la [calle] Canals, le metió [su] hija por los ojos a José. Como había dinero [por medio]... . José se casó, y pa'lante" (Nombre de protagonista omitido, en Viera-Calderón, 1996: 356).

Por tanto, podemos decir que no todos los matrimonios que se llevaron a cabo en aquel entonces, entre varones libaneses y mujeres puertorriqueñas, las familias de las féminas provenían de la llamada clase alta. Hubo casamientos donde al parecer el puertorriqueño hizo todo lo indecible para que sus hijas, mediante un enlace nupcial, entraran a formar parte de este grupo étnico libanés, debido a que todos los negocios mercantiles en que se involucraban e insertaban estos migrantes, obtenían grandes sumas de dinero. Por tal razón, muchos de los libaneses se convirtieron en "buenos partidos" para las hijas de los puertorriqueños menos afortunados económicamente.

Los matrimonios entre nacionales y libaneses, en otras partes del Caribe, no fue algo muy común. Orlando Inoa (1991: 52), dice al respecto que: "en Haití y en Trinidad los

25 El autor de esta investigación reconoce que tenemos duda si el que se casó con una puertorriqueña fue el hermano de don Juan Mafuz o su hijo, ya que ambos llevan como nombre de pila, José.

árabes se casaron entre sí y no se identificaron con la sociedad en que vivían...”. En cambio, en Puerto Rico, República Dominicana, Cuba y México, la mayoría de los libaneses aceleraron el proceso de incorporarse a la sociedad receptora, matrimoniándose con los nacionales. Aquellos que no se casaron con muchachas puertorriqueñas, buscaron unirse con jóvenes libanesas. Estas, con el transcurso del tiempo, también se identificaron con nuestro país.

Este re-aprendizaje cultural, no significó de modo alguno, que los migrantes libaneses olvidaran completamente sus costumbres. Por ejemplo, internamente, en reuniones que celebraban los varones los domingos, en algunas de sus casas de la comunidad cangrejera, según narra Mafuz:

Ellos... fumaban una cosa que estaba metida como en una cachimba de agua²⁶. Se la iban pasando de mano en mano. Aunque estaban alejados de su país, ellos mantenían su cultura... (en Viera Calderón, 1996: 441).

Sin embargo, aunque los primeros libaneses varones que emigraron a nuestro país, estaban dispuestos a seguir con la tradición ancestral de fumar colectivamente como lo hacían en su tierra sus ancestros, la gran mayoría de ellos, al casarse con puertorriqueñas e incluso mujeres libanesas, en su afán de acelerar el proceso de incorporar a sus hijos a la sociedad puertorriqueña, deliberadamente no le enseñaron algunas de sus costumbres, incluyendo su lengua nativa. Por tal razón, la primera generación, es decir, los “libaneses” nacidos en nuestro país, no tenían un vínculo profundo con la tierra que vio nacer a uno de sus padres o ambos. Por definición y por ley ellos se consideraban [puertorriqueños], ya que en gran medida, asimilaron casi toda la cultura de la sociedad receptora (Inoa, 1991; Martínez-Montiel y Reynoso, 1993), incluyendo el idioma que se hablaba en la mayoría de las casas de los boricuas, el español. En un fragmento de su testimonio, precisamente Mafuz, nos deja saber por qué él y sus hermanos no aprendieron el idioma de su progenitor:

26 En Oriente Medio esta pipa llena de agua perfumada con sabor a menta, canela, manzana, fresa o chocolate, se le conoce con el nombre de narguile. En algunas actividades sociales, los hombres tienden a compartir entre sí la pequeña boquilla que está adherida a un tubo flexible, aspirando todos ellos de manera colectiva el humo que pasa por el agua perfumada que está dentro del recipiente de cristal de la botella.

Nosotros no pusimos interés en aprender a hablar el idioma de nuestros padres. En cambio, en los Mudafort, hay muchos que hablan libanés. Pero, en la familia de nosotros, ninguno lo habla, [porque] no prestamos atención. Nosotros aprendimos a hablar español [e] inglés. (...). Como nacimos aquí, nos sentíamos puertorriqueños. ¿Para qué entonces aprender otro idioma? (...). Algunas palabras, sí las sabíamos, porque oíamos a nuestros padres hablando, y le prestábamos un poco de atención. Especialmente, cuando peleaban, [ya que] lo hacían en el idioma de ellos. Por eso era que sus peleas nos llamaban mucho la atención. Decíamos: 'mira, están peleando, ¡ahora están en guerra!'. (en Viera-Calderón, 1996: 650).

Como muy bien se pudo apreciar en la cita anterior, ya en la primera generación de libaneses/boricuas comienza a aflorar algunas diferencias en costumbres, tradiciones, lenguaje y ritos, si lo comparamos con las que trajeron sus padres cuando migraron de su país de origen a Puerto Rico. Sin embargo a través del afecto, el amor, gozo y placer, varios integrantes del núcleo familiar estuvieron dispuestos a incorporar a su vida cotidiana lo que podría catalogarse como una cultura bicultural o múltiple, donde ambos obtuviesen ricas ganancias en su convivencia mutua. Esto, por ejemplo, se pudo notar bastante en todo lo relacionado con el llamado arte culinario, debido a que como muy bien dice un estribillo muy popular entre la gente, "el amor muchas veces entra por la cocina".

Unidos por la manteca o el éxtasis por la carne

Es cierto eso de no vivir para comer, pero es necesario comer aquello que llevamos en la médula de nuestra cultura para vivir en la plenitud de nuestro ser. Existe la cultura del paladar. Somos lo que comemos (María Teresa Babín, en Pérez, 1994: 9).

Integrarse a algunas de nuestras tradiciones y costumbres, por parte de los libaneses, conllevó en cierta medida, a que también se acoplasen a nuestro vasto acervo cultural culinario. Esta etnia, a su vez estuvo dispuesta a modificar, entre otras cosas, algunas de sus comidas, tratando de identificarse con algunos elementos culturales identitarios del país que los acogió, casi siempre, con los brazos abiertos. Veamos que nos tiene que decir al respecto, el hijo de Don Juan Mafuz, sobre lo anteriormente mencionado:

... Poco a poco, esas comidas [las libanesas], se fueron puertorriqueñizando. Mamá consiguió unas sirvientas puertorriqueñas que le empezaron a enseñar a cocinar comidas típicas de Puerto Rico. [Ellas le decían]: 'Mire, Doña Angelita, esto se hace así...'. Con el poco español que ella iba aprendiendo, le enseñaron hacer pasteles [y] todas las comidas típicas. Entonces, ella las combinaba con

las libanesas, que son riquísimas. (...). A veces, hasta llegó a modificar algunas comidas típicas de su país. (...). Ella quería probar de todo. Quería aprender a cocinar comida puertorriqueña. Así es que cuando yo tenía 8, 9 ó 10 años, comencé a ir a la Plaza del Mercado solo. Mi mamá me mandaba [a la Plaza, pero antes me decía]: ‘Vete a donde Doña Elena y dile que me mande un platano, que se olvidó ponerlo en la lista’. A esa edad, yo iba y le decía: ‘Doña Elena...’. ‘-Sí, toma, llévaselo’. (...). Otras veces me enviaba al colmado de Don Pablo Betances, que estaba adentro de la misma Plaza del Mercado. Uno ahí compraba el arroz, [y] la manteca. También podía comprar tres centavos de jamón y dos de tocino. Todo era baratísimo. Un huevo valía un chavo, un centavo. Una libra de habichuelas costaba tres centavos, la libra de manteca, cinco centavos. Todo era barato (Mafuz, en Viera-Calderón, 1996: 441-443).

Probablemente, al atreverse la mamá de Juan Mafuz, con la ayuda de sus criadas, a lanzarse a la aventura de mezclar un sinnúmero de productos nativos de nuestra Isla, para confeccionar comida puertorriqueña, esto sin lugar a dudas tuvo que haber redundado en una mayor identificación con nuestra cultura culinaria, y por supuesto, con nuestro país. La exposición a olores, la sensibilidad a colores y la diversidad de sabores se convirtieron, seguramente en una estupenda lección de identidad boricua. Posiblemente, “querer probar todos los alimentos que se confeccionaban en la cocina puertorriqueña”, contribuyó a que la mamá de Mafuz, lograra una estrecha vinculación con nuestras tradiciones culinarias y culturales. Hacer pasteles, comer arroz y habichuelas con su pedazo de jamón y tocino (la manteca que nos une), entre otros platos boricuas, ayudó a que se cimentaran aún más las raíces libanesas con las nuestras²⁷.

No solamente aprendió la esposa de Don Juan Mafuz a cocinar comida puertorriqueña, sino que también algunas mujeres boricuas -sus vecinas inmediatas-, se animaron a probar y confeccionar algunos platos libaneses. A continuación el testimonio de un cangrejero adoptivo boricua –Raúl–, quien de vez en cuando tenía la buena suerte de probar algunas de las succulentas delicias “árabes”, preparadas nada menos que por

27 Recientemente Panchita Vargas Azize, conjuntamente con Yamila Azize Vargas y Ana M. Azize Martínez –todas descendientes de una prominente familia libanesa en Puerto Rico–, escribieron un libro culinario boricua-libanés cuyo título es: *Delicias Panchita, cocina puertorriqueña y libanesa para casi todos los días*. (2010). Humacao: Model Offset Printing. Recomendamos al lector que lea este libro para que aprecie el junte culinario boricua libanés, desarrollado por los primeros migrantes libaneses que se establecieron en Puerto Rico a principios del siglo 20, y que luego continuaron los palestinos.

una de sus tías:

Eran tantos los 'árabes' que vivían en esa área [donde estaban] los Mafuz, [que por cierto], él era el más rico de todos, que una tía mía, Titi Luisa, que vivía en la calle Primavera esquina Estrella, después que vino de vivir un tiempo en España, aprendió a cocinar comida 'árabe' con ellos. Ella aprendió con unos 'árabes', hacer unas fritas bien buenas. Las hacía molidas. Yo aprovechaba que iba por allí a tomar clases de violín, y de pronto tú me veías metido en casa de mi tía, comiéndome esas fritas. Eran bien buenas (Raúl, en VieraCalderón, 1996:356).

El que este protagonista no tuviese ningún reparo en probar unas fritangas libanesas, y su tía aprender a confeccionarla, era indicativo de cuánto habían calado las interacciones sociales amistosas étnicas entre algunas mujeres libanesas y puertorriqueñas. Ambas estaban dispuestas a aprender una de la otra. Esa amistad se circunscribía, sin lugar a dudas, a lo que podríamos llamar el respeto a la diversidad. Sobre lo antes señalado, asegura López (1990: 21), lo siguiente: "los antropólogos de todo el mundo coinciden en que compartir la comida es el lazo social que más solidaridades (en el sentido de amistad y obligación moral) generan. Cuando la comida compartida se distribuye... los lazos solidarios son más fuertes aún". Es decir que, la comida se convirtió en el espejo y vitrina de dos naciones que se enriquecieron identitariamente con el intercambio de los platillos confeccionados por algunas de sus mujeres: específicamente, las que vivían en la calle Canals y su entorno, unas puertorriqueñas y otras libanesas.

Una situación en particular que entendemos que unió más a las mujeres y hombres cangrejeros puertorriqueños y a los libaneses que vivían en la comunidad de Santurce, tuvo que ver nuevamente con el paladar culinario. En la década del 30, algunos hombres y mujeres de Cangrejos se percataron que, en la escuela donde iban sus hijos, la Julián Blanco en Santurce, hacía falta un comedor escolar. Lamentablemente, ninguno de los padres contaba con el dinero suficiente para mandar a construir estas facilidades en la escuela. Estos deseaban que sus hijos no solamente pudiesen recibir, por parte de los maestros, "el pan de la enseñanza", sino que tuviesen su pequeño estómago lleno. Mientras varios hombres y mujeres buscaban cómo solucionar esta problemática, no se sabe a quién se le ocurrió la idea de hablar con algunos de los padres libaneses que tenían a sus hijos matriculados en la escuela, para que les

ayudasen monetariamente. Es ahí donde interviene “la divina mano de los Santos Reyes Magos”. Estos se interesan por el bienestar de los niños de la comunidad cangrejera y de sus hijos, e inmediatamente reclutan algunos padres de los estudiantes para que construyan el comedor escolar en la escuela. El dinero, para construir las facilidades alimentarias, corre por cuenta de las familias libanesas. Pero dejemos que el hijo de uno de los libaneses, Mafuz, sea quien cuente cómo se unieron todos los padres para levantar en los terrenos de la escuela un comedor escolar:

[Mi papá se] preocupó por el bienestar de todos nosotros. El [se refiere a su papá], habló con los Adams y los Mudafort para construir ahí, en la [Escuela] Julián Blanco, un comedor. Esa es una cosa que se recuerda mucho acá. El primer comedor que existió en Puerto Rico lo ayudaron a construir los mismos padres de los estudiantes de la Escuela Julián Blanco. Ese primer comedor se hizo con la cooperación de los Mudafort y los Adams. De todos los [libaneses] más pudientes. Ellos pusieron el dinero, pero entonces la mano de obra la ponían los padres de los muchachos menos pudientes. Así que ese comedor lo hicieron los Tapia y los Allende²⁸. Todo el mundo cooperaba en la construcción del comedor para que fueran sus hijos a desayunar (Mafuz, en Viera Calderón, 1996: 440-441).

Esta buena acción, probablemente redundó en una mayor admiración por parte de los empobrecidos, hacia este grupo de migrantes del Medio Oriente. No hay que olvidar que para principios de la década de 1930, la mayoría de los hombres y mujeres que habitan el archipiélago de Puerto Rico, están sufriendo los estragos de una fuerte recesión económica, que lleva a que mucha gente se desespere y se lance al “vacío de la desesperanza”. En muchas familias, el hambre y el desempleo, era el pan nuestro de cada día. Por tanto, que sus hijos, en edad escolar, tuviesen un lugar donde desayunar y almorzar, era una bendición de Dios Topoderoso, y de los “Santos Reyes Magos”, que llegaron de Oriente.

²⁸ Estas familias, los Tapia y los Allende, a través de la historia siempre han estado dispuestos a ayudarse mutuamente, tanto en las alegrías como en las vicisitudes; como muchas veces lo hicieron los libaneses. Estos seguramente colaboraron, poniendo gratuitamente su mano de obra en la construcción del comedor escolar donde estudiaban sus hijos, porque soñaban con un mejor futuro para ellos. Al respecto, la socióloga estadounidense Helen Icken Safa, asegura que los pobladores de una comunidad o de un barrio puertorriqueño que trabajan en el levantamiento de una escuela (o de un comedor escolar, como es este caso), lo hacen con dedicación porque ellos quieren que sus hijos “... lleguen a donde yo no llegué. Que en cualquier forma que puedan, se aseguren un empleo donde ganen el pan de cada día... sin ir a las fábricas, es decir, que tengan una ocupación (oficio). Que puedan ganar buen dinero en el futuro y llevar una vida buena” (Testimonio de Tito, poblador del arrabal “Los Peloteros” en Santurce; en Safa, 1980: 82).

Demás está decir que, al facilitar los libaneses el dinero para la construcción de un comedor escolar, todos ellos evidenciaron fehacientemente que estaban interesados en mejorar el bienestar de los niños menos afortunados económicamente, principalmente de los pequeñines que vivían en una barriada desventajada en la zona urbana, Bayola en Santurce. Seguramente también, a través de la ayuda monetaria que suministraron los libaneses para que se construyera el comedor escolar, éstos experimentaron un gran sentido de orgullo y satisfacción, ya que de alguna manera retribuían en algo, lo que la mayoría de la gente le había dado: dinero “a cuentagotas”, cariño y confianza plena. Además, con su acción desinteresada y desprendida de levantar un área para saciar el hambre de los más pequeños e indefensos –los niños-, sellaban una amistad duradera con quienes seguramente habían sido sus clientes por años: por ejemplo, por mencionar algunos, los Tapia y los Allende. Dos familias negras, que como todos sabemos, aparte de ser originarios de Santurce, eran gente querida y respetada por la gran mayoría de los residentes de Cangrejos. El ganarse su confianza, probablemente les llevaba a “echarse en el bolsillo” a muchas otras personas desventajadas y humildes, que podían comprarle en abono muchos de los productos y accesorios que ellos vendían a precios bajos. En consecuencia, ambos grupos étnicos, ganaron mucho con la construcción del comedor escolar, ubicado en la comunidad Bayola, en Santurce.

Mosaico

A manera de resumen, podemos decir que el migrante libanés tiende a ser una persona decidida, devorado por un deseo incontenible de progreso material, y dispuesto a afrontar grandes riesgos con tal de alcanzar sus metas. En este sentido tienen, al menos, una dosis superior de audacia, respecto a los demás paisanos que, por temores, salud, educación, peso de los compromisos familiares u otras razones, se quedan en el país de origen y no se lanzan a la aventura ultramarina de emigrar a otras tierras.

Ya en América, como respuesta adaptativa, tienden a “olvidar” a su país natal, debido a que su migración quizás transitoria se convierte en una permanente y definitiva²⁹. Sin

29 La primera generación de migrantes libaneses –los llamados pioneros-, llegaron acostumbrarse tanto a nuestra nación que, algunos pidieron ser enterrados en Puerto Rico. Un ejemplo que ilustra lo antes mencionado, es la mamá de nuestro protagonista Mafuz. Esta llegó a decir más de una vez: “... que éste era su país. En cambio, mi papá decía: ‘cuando yo muera en Puerto Rico, quiero que me entierren aquí,

embargo, su permanencia en el país que los acogió, no conlleva que se asimilen a nivel cultural del todo, ya que sienten la necesidad de mostrar ante sus paisanos, parientes y amigos, que siguen disfrutando de sus costumbres y tradiciones, tales como: comer sus comidas ancestrales, fumar colectivamente, hablar entre ellos su lengua nativa, etcétera. También necesitan compartir con personas que son definidas por ellos como similares en sus principios y valores morales. En aquel tiempo, quienes mejor ejemplifican esto, son los campesinos y empobrecidos, porque son personas desprendidas y sinceras como ellos, que les abren de par en par las puertas de sus casas, les piden que se queden a dormir con ellos, y les anotan en su libreta de apuntes, los productos que tomaron en abono. Por tal razón, los libaneses genuinamente se comprometieron a retribuir lo más que pudiesen, lo que hicieron por ellos, la gente humilde de nuestro país. Por tal motivo, no tuvieron ningún reparo en proveer el dinero para construir un comedor escolar en la escuela donde también estudiaban sus hijos y los más empobrecidos de las barriadas de Cangrejos.

Por último, podemos señalar que sus vidas se centraron mayormente en sus familias, el círculo de amigos y conocidos, tratando de buscar un mejor bienestar para sus seres cercanos. Por consiguiente, estamos en presencia de sujetos que no consideran que su identidad se forja excluyendo a otros, sino al contrario, incluyendo a los demás. Para concluir, podemos mencionar sin temor a equivocarnos que, los libaneses fueron pioneros en todo lo concerniente al respeto a la diversidad y a lo multiétnico. Estos sin lugar a dudas, se sumaron al mosaico de etnias que forman y forjan a San Mateo de Cangrejos, Santurce.

Bibliografía

Akmir, A. (1997). La inmigración árabe en Argentina. En *El Mundo Árabe y América Latina*. (57-121). Madrid: Ediciones Unesco/Libertarias/Prodhufi.

Albino-Plugus, E. (7 al 13 de enero de 1994). Los reyes magos: tradición y festividad navideña en Puerto Rico. *Claridad*, 6.

Barajikian, L. (29 de abril de 2001). La puerta de entrada a “América”. *El Nuevo Día (De*

porque aquí fue donde mejor me trataron. Esta es mi tierra” (en Viera Calderón, 1996: 655).

Viaje), 9.

Biblia de Jerusalén. (1996). Bilbao: Editorial Española Descleé de Brouwer, S.A.

Cidoncha, I. (10 de marzo de 1991). Un creador en dos tiempos. *El Nuevo Día (Por Dentro)*, 74-75.

de Aragón, U. (4 de noviembre de 2009). Los árabes en Cuba. *Diario Las Américas*. Disponible en <http://www.diariolasamericas.com/news.php?nid=88219>. Recuperado el 20 de agosto de 2013.

Espinal Hernández, E. R. (11 de noviembre de 2009). *125 años de presencia libanesa en Santiago de los Caballeros*. Santo Domingo: Instituto Dominicano de Genealogía. Disponible en <http://www.idg.org.do/charlas/2009/noviembre11.htm>. Recuperado el 20 de agosto de 2013.

Fernández Miralles, E. (12 de julio de 1994). Conversando con Elsa. Entrevista con Lumia Azize-Mowad. *El Vocero*, 35.

Galiñanes, E. (25 de agosto de 1996). Vendedores callejeros de San Juan. *El Nuevo Día (Por Dentro)*, 82-84.

Hogland, W. (1976). Ellis Island. En *Dictionary of American History*. (432). New York: Charles Scribners Sons.

Inoa, O. (1999). Azúcar, árabes, cocos y haitianos. Santo Domingo: Editorial Cole/FLACSO.

_____. (julio-septiembre, 1991). Los árabes en Santo Domingo. *Estudios Sociales*, 85, 35-58.

Jiménez García, M. (1997). La inmigración árabe en el caribe en los siglos XIV y XX: el caso de Cuba. En *El Mundo Árabe y América Latina*. (311-330). Madrid: Ediciones Unesco/ Libertarias/Prodhufi.

López, R. (27 de abril al 3 de mayo de 1990). La huelga es cultura. *Claridad (Suplemento del Día Internacional de los Trabajadores)*. 20-21.

Martínez Assad, C. (abril-junio, 2004). Los libaneses inmigrantes y sus lazos culturales desde México. *Dimensión Antropológica*, #5, 62-69.

Martínez Estrada, S. (4 de octubre de 2008). Los apellidos libaneses son mexicanos. *Unomásuno (Suplemento Sábado)* Disponible en <http://suplementosabado.wordpress.com/2008/10/04/los-apellidos-libaneses-son-mexicanos>. Recuperado el 20 de agosto de 2013.

- Martínez-Montiel, L. M. y Reynoso Medina, A. (1993). Inmigración europea y asiática siglos XIX y XX. En Bonfill Batalla, G. (Ed). *Simbiosis de culturas: los inmigrantes y su cultura en México*. (245-424). México: Fondo de Cultura Económica.
- Morales, C. A. (2010). Ocean Park. En *Cangrejos [Cuentos]*. (25-28). Puerto Rico: Publicaciones Gaviota.
- Ortiz, L. (2003). El Mundo Árabe en Latinoamérica. En *Árabes. Poemas, Crónicas y Relatos en Sudamérica*. (5-13). Argentina: Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos.
- Pérez, L. N. (4 al 10 de marzo de 1994). El lenguaje y nuestras cocinas. *Claridad (En Rojo)*, 9.
- Picó, F. (2014). Los sirios-libaneses. En *Santurce y las voces de su gente*. (40-42). Colombia: Ediciones Huracán.
- Rosa de Madaringa, M. (1997). Introducción. En *El Mundo Árabe y América Latina*. (23-55). Madrid: Ediciones Unesco/ Libertarias/Prodhufi.
- Safa, H. J. (1980). *Familias de arrabal (un estudio sobre desarrollo y desigualdad)*. Puerto Rico: Editorial Universitaria.
- Serryn, P. y Blasellen, R. (1981). Líbano. En *La Gran Enciclopedia Universal*. Tomo V, 1495-1505. Barcelona: Argos Vergara.
- Sin Autor. (1980). *Enciclopedia Nueva Larrousse*. Tomo 24, 7592-7599. Barcelona: Ediciones Plaza Janés.
- Sued Badillo, J. (2013). Migración libanesa a Puerto Rico y Santo Domingo. En Burset Flores, L. R. (Ed). *Simposio Caribeño de Genealogía e Historia*. (167-179). San Juan: Sociedad Puertorriqueña de Genealogía, Inc.
- Tricolli Dales, C. (2 de diciembre de 1990). Ellis Island, la puerta a América. *El Mundo*, 1D.
- Vargas Azize, P; Azize Vargas, Y y Azize, Martínez, A. M. (2010). *Delicias Panchita, cocina puertorriqueña y libanesa para casi todos los días*. Humacao: Model Offset Printing.
- Viera-Calderón, E. (1996). *El Mercado de Santurce: reconstrucción psicosociohistórica a partir de treinta y ocho testimonios orales*. Tesis Doctoral de la Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Bellaterra, Barcelona-Espanya.

Yapur, V. (23 de agosto de 2011). Las huellas de los libaneses en la ciudad de México. *Páginas Arabes*, 1-9. Disponible en <http://paginasarabes.com/2011/08/23/las-huellas-de-los-libaneses-en-la-ciudad-d-e-mexico>. Recuperado el 20 de agosto de 2013.

Agradecimientos

A mis colegas universitarios y amigos libaneses/boricuas de sangre y corazón, José Curet Goitia, José Miguel Curet Arana y Jaime Martínez Souss.

A Luis Blondet Hernández, por atreverse a aventurar en el rico sazón de las comidas étnicas, que nutren el paladar de nuestras vidas, y por su buen sentido de humor y camaradería. ¡Eres un bullanguero de corazón!

Al jovencito chino/dominicano Armando Joa Rondón, gracias por las buenas tertulias llevadas a cabo en los pasillos de la Universidad del Sagrado Corazón y en el colmado/bar El Quenepito en Santurce.



La Revista Umbral de la Universidad de Puerto Rico Recinto de Río Piedras está publicada bajo la [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).